

# Efecto rebote

Pablo se acerca a su mesa con el tedio de cada mañana incrustado en su aspecto. Ya no le importa la impresión que transmite al resto de sus compañeros, todos ellos están infectados por la misma apatía. Retira la silla y se deja caer sobre ella. Enciende el ordenador mientras mira a su alrededor. Las mesas, unidas unas a otras, sin espacio ni intimidad, crean un laberinto menudo.

Hace ya algún tiempo que la empresa no acaba de superar la crisis que se abalanzó sobre todos los mercados. Además, este infortunio coyuntural, afloró las deficientes aptitudes de la dirección que todos conocían, pero que se ocultaban tras las vacas gordas.

Chasquidos y bufidos son los únicos sonidos que se van produciendo a lo largo de la lenta mañana, cuando Pablo levanta la vista hacia lo que parecen unos pasos embravecidos desde la puerta del fondo. De un golpe, la puerta se abre atizando la pared y aparece un hombre alto, enfurecido y decidido a entrar sin audiencia previa en el despacho del Director General.

-¿Qué le sucede a este?- piensa en voz alta Pablo.

-Parece que le interrumpieron las vacaciones- le contesta su compañero, tras el monitor.

El hombre alto entra en el despacho sin la menor obstrucción y cierra la puerta de un golpe seco que crea una sorda onda expansiva, llamando la atención de todos los de la diáfana planta. Los gritos se suceden desde el principio.

-Lo único que solucionaría esto es que le diese una buena paliza- dice Pablo, sin tapujos -por culpa de él estamos así.

-Ni así. Ese hombre fue enchufado y esta empresa a nadie le importa.

-Pues entonces tiene que ser una muy buena paliza- Pablo seguían animado por el desahogo.

Los gritos siguen, parecen de un solo tono. La gente se levanta de sus lugares de trabajo formando corrillos, murmurando mientras observan la puerta cerrada, esperando que esta les dé alguna pista. La curiosidad cada vez es mayor, se acerca gente de otros departamentos y otras plantas, uniéndose aleatoriamente a los grupos formados, preguntando.

Los gritos se detienen, propagando el mutismo general. El silencio se prolonga unos segundos mientras la gente empieza a mirarse, ya que la puerta no ofrece ninguna señal. La secretaria, acostumbrada a esa puerta, se acerca por el lateral cuidadosamente. Así, la huida o el disimulo serían posibles si de pronto se abriese la puerta.

Un grito bronco la deja helada, sin saber qué hacer. Sus planes de escabullida no están preparados para esa reacción. Unos

golpes, caída de objetos y un chillido, acaban con la posición pétrea de la secretaria que recula corriendo, a pasitos de geisha, y se cobija detrás de su mesa.

Pablo siente un placer contenido que sólo podría rematarse con la visión en primera fila de la escena final: su Director acobardado en un rincón del despacho, pidiendo piedad. Mientras él se regodea en esa imagen, la gente se agolpa en la puerta cerrada del despacho. El tiempo y la curiosidad infunden valor a algunos que son advertidos por los más precavidos, pero no detenidos.

Al final, la puerta es abierta mientras el atento silencio estrecha los ojos y agudiza los oídos. Algunos se retiran imaginando represalias; otros, porque lo desconocido les ahuyenta. Finalmente, la escena se revela. La sangre en el suelo y sobre la mesa del despacho sólo retiene a un par de valientes, pues el resto se retiran un par de pasos; la curiosidad sigue atán­doles corto. Parece que la pelea acabó detrás de la mesa.

Un grito al fondo de la sala, al lado opuesto, despierta a Pablo. El Presidente, padre del Director, llama la atención a todo el mundo. Los valientes salen del despacho y se quedan a unos metros de la puerta y, el resto, observan la escena como si no fuese con ellos.

Pablo se acerca mientras el presidente se adentra en el despacho y desaparece de la mirada de todo el mundo. Cuando Pablo se aproxima a los valientes, estos le cuentan el teatro, con

unos pelos y unas señales licencia de los narradores, pero que a Pablo le satisfacen. Aunque es una desgracia, esto es bueno para los intereses de la empresa, piensa, convenciéndose de tamaña barbaridad.

De pronto, una frase se inicia en el despacho, “qué diantre hace”. Se interrumpe con unos golpes y otra frase, igualmente frenada, “qué ocurre”. Pablo no puede soportar la presión y se acerca a grandes pasos, negándose a perderse la escena. Aparece por la puerta, esquivando a todo el personal inmóvil y el impacto del momento le convierte en un participante sin saberlo. El hombre alto, el precursor de todo el circo, está cubierto de sangre desde la boca hasta las rodillas y sostiene al Presidente por la solapa de la chaqueta mientras este reposa en el sofá, mirando al techo, con la yugular abierta a bocados hasta la garganta.

Absorto por la necesidad frenética de reproducir la imagen del Director pidiendo socorro, se acerca a la mesa del despacho, alargando el cuello para observar al otro lado. Allí, se encuentra el cuerpo del Director, con la boca abierta por un eterno grito mudo, cubierto de sangre y con el interior del estómago al descubierto. Un gruñido le dice que está dentro del tercer acto y en breve se convertirá en protagonista. Reacciona con velocidad y, después de utilizar todo lo que había sobre la mesa como proyectiles contra el hombre alto, mientras este se acerca impertérrito, en procesión de a uno, levanta la silla que tiene en frente, apunta las patas hacia él y

se abalanza, empujándolo hasta golpear su espalda contra la ventana, que estalla en el impacto y lo arroja al vacío, acompañado por la silla.

Pablo se recuesta con cuidado, apoyado en el marco metálico de la ventana para observar el final de tan excitante acción. El hombre alto yacía en el fondo del cuadro en una postura imposible, rodeado por el bastidor desmenuzado de la silla. Pablo esboza una sonrisa que se petrifica cuando el cuadro cobra vida. Se incorpora de golpe y abre mucho los ojos, intentando desplazar, con tantas imágenes superfluas como sea posible, el cuadro viviente que acaba de ver.

Unos murmullos tras él le relajan, sus compañeros empiezan a aparecer lentamente, impactados por la sangre y los cuerpos mutilados. Intranquilos por él, se acercan en silencio, despreocupándose por atender a los cuerpos en inevitable reposo. Pablo expele un ruidoso suspiro que destensa su cuello, por fin. Al instante, alguien le agarra los hombros y clava sus dientes en su trapecio izquierdo con tal profundidad que ve cómo su sangre salpica su cara, le ciega un ojo y adorna el marco de la ventana y parte de la pared. Un gemido asmático le vacía los pulmones, abriendo la palma de las manos como única reacción instintiva.

El dolor se hace más soportable cuando es consciente de su equívoco. Levanta los brazos, echándose hacia atrás, ayudándose con un grito de rabia, y golpea al agresor,

arrojándolo unos metros. Pablo se gira y reconoce al Director, que intenta conservar el equilibrio tras el golpe. Verle de pie, acercándose de nuevo, le evoca la falta de sensibilidad que tuvo deseando su muerte por el único delito de ser un incompetente y que, después de todo, el morbo de desearlo, hasta el propio final, le ha llevado a sufrir las mismas consecuencias y, además, en manos de su víctima.